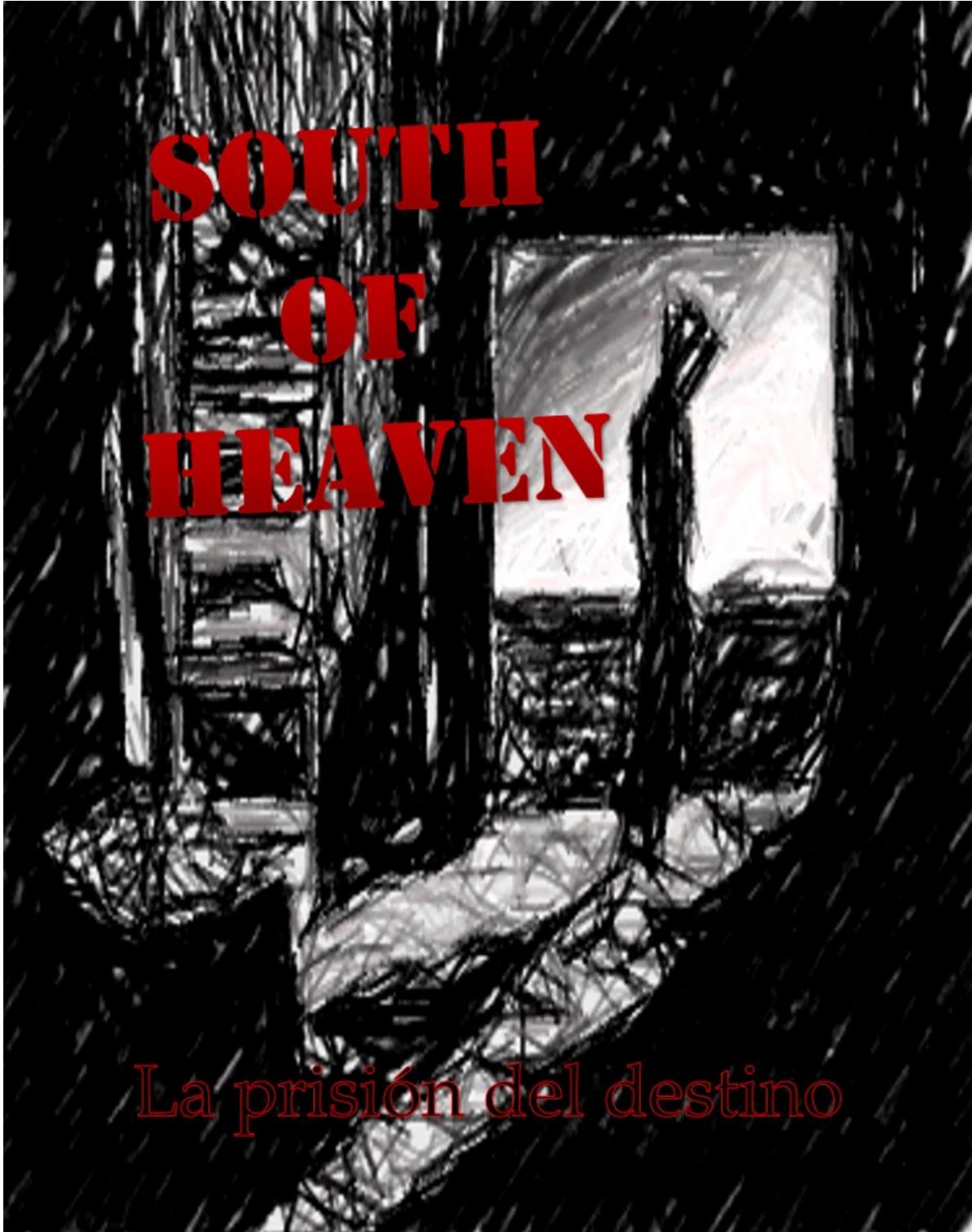


# South Of Heaven

Aidet Flores



# Capítulo 1

## *Anhelos*

El pacífico canto de los pájaros envolvía el cielo que se esclarecía. Volaban entre la brisa matutina que revoloteaba las aguas del inmenso mar agobiado. Toneladas de desechos que en cierto momento fueron arrojados sin pena alguna se meneaban en tal líquido vital acotado por una fina arena que sufría la misma penuria. Causaba tanta tristeza el observar que un encantador destino turístico internacional fuese convertido en un nefasto vertedero. Los ostentosos se mantuvieron indiferentes para con la madre naturaleza; las vidas inoculadas tampoco fueron su preocupación, creían que se trataban de simples ceros a la izquierda que no tenían derecho a tener el mismo trato que ellos y su nueva sociedad.

Transcurrieron dos guerras, una duro siete años y la otra solo nueve meses, pero ambas dejaron quebrantada a la humanidad. La escases de los recursos de mayor necesidad se extendió a sectores que jamás creyeron padecer ese sufrimiento, y a pesar del fallecimiento de dos cuartas partes de la población mundial, no hubo intención de subsidiar cada daño y a cada sobreviviente.

Los mandatarios debían mantener su credibilidad y bajo su propio beneficio ejecutaron una marginación masiva disfrazada de plan de apoyo. Miles de vidas, esperanzadas en las falsas promesas, fallecieron durante el restablecimiento del orden debido a las hambrunas, las pestes y el exceso de trabajo.

Se construyeron nuevas ciudades imperiales y dividieron a la sociedad con un sistema que excluía de sus beneficios a la mayor parte de la población. A cada grupo se le asigno el numeral de una clase que iba del 0 al 4. Ningún tratado ni ley interfirió, no consideraban aceptar el régimen de un pasado que ellos mismos prefirieron borrar.

En cada centímetro de ese recóndito pueblo el hedor era insoportable. No importaba la edad ni el género para pepear entre las pirámides de desperdicios que descansaban sobre los caminos fangosos, la misión de cada día era encontrar alimentos o algo que fuese útil. Las peleas por jactarse la mejor basura eran también comunes y se aplicaba la ley del más fuerte. Los que tenían suerte podrían zacearse con un aperitivo aún comestible o con pocos días de haber perdido su calidad sanitaria, de lo contrario, mataban el hambre con lo que fuese a sabiendas que podrían ser víctimas de enfermedades mortales.

Los chapoteos de las gotas podían notarse en la soledad de cierta laguna pestilente. Oscura, fría y repleta de ratas que durante el día se mantenían escondidas para no ser el bocadillo de los hambrientos pobladores, así

eran las cloacas del sector. Una luz cegadora se contemplaba al final de uno de los túneles. Era la salida que conducía a aquella playa olvidada. El agujero estaba obstruido por un pequeño cuerpo con trapos andrajosos enroscado al margen de la mitad de circunferencia. No se inmuto a pesar de los ruidos rigurosos de los pepenadores y sus conflictos, y ellos creyeron que al fin dejó de sufrir. Lo envidiaron.

Cuán grande fue su sorpresa al darse cuenta que solo estaba echando la siesta. Juraban que esa inertes solo la habían visto en un cadáver, pero abrió los ojos. La brisa gélida oreaba sus cabellos cenizos enredados entre polvo y suciedad mientras que un halo incandescente de la gran estrella chocaba en su rostro. Ocho veranos era su edad, pero a diferencia de los menores de su misma longevidad, no presentaba rasgos famélicos. Entre todos era el único que tenía un aspecto decente y desde que llegó a ese municipio dejó perplejito a cada uno de sus espectadores.

Más de una decena de envoltorios hechos de papel y de plástico adornaban la tubería. Muy reconocibles eran esos retazos esparcidos, pero jamás se habían visto tantos reunidos en un solo lugar fuera de las bodegas. Las suposiciones eran ciertas, ese niño los hurto del capo más importante de la zona. Y trago y esnifo cada gramo de mierda psicotrópica. No satisfecho, se llenó el buche de los antidepresivos del pez gordo que estaba por darse cuenta del robo. Sin embargo, ningún efecto tuvieron las sustancias en su organismo. Su mano seguía sosteniendo un frasco de vidrio y lo asentó a la altura de sus ojos brillantes como la turquesa.

— Nada funciona...

Se hundió en la decepción, no le era posible aceptar que fallo por enésima vez. Estrujo el envase, dejando envueltos entre su diminuta palma algunos trozos de vidrio mientras que otros brotaron alrededor suyo.

— ¡¿Por qué no me dejas estar con ellos?! — reprocho con la mirada clavada en el cielo.

Soltó los trozos. No le fue una sorpresa encontrarse con su piel blanquecina, intacta. Otros hubiesen saltado de alegría por tener tan fascinante inmunidad, pero él la consideraba una maldición. Su pensamiento melancólico bloqueaba el razonamiento sobre los beneficios que le otorgaba ese don de origen desconocido, solo se dedicaba a buscar algún método capaz de borrar el sufrimiento que se albergaba en su alma.

El aire siguió jugueteando con sus cabellos cenizos, pero le quito algunos para estirarlos desesperadamente. Enseguida se enroscó sobre sus rodillas. En su ensimismar no se percató que hasta las cucarachas se

escondieron por un peligro que se acercaba.

La pérdida afectó el cargamento que estaba programado para distribuirlo en la costa sur durante la tarde de ese día. No se explicaba como ese chiquillo de cabellos rebeldes, además de hurtar unos cuantos kilos, se tomó la molestia de hacer arder la bóveda donde se perdieron la mitad de las drogas. Como encargado de la seguridad fue el primero en temer por su vida al momento de rendir cuentas con su regordete patrón. No podía cargar solo con esa cruz, no podía irse solo, así que tomó su rifle y lleno de agujeros a los muchachos que fueron asignados a la vigilancia nocturna. Mantuvo un instante de satisfacción al observar la sangre que empapaba sus zapatos de fino charol, sin embargo, recordó que lo más importante era mantener su cabeza pegada al cuello. Y con un ejército de sicarios montados en camionetas de alta gama, fue en busca del pequeño ladrón.

Contaba solo con pocas horas, las mismas que demoraba diariamente su patrón en hacerse presente para supervisar la mercancía. Le fue de gran ayuda tener toda una parvada de zopilotes en todos los alambres de la Región y uno de ellos le informó que su objetivo estaba en la playa.

Sospecho del silencio, no era normal tanta tranquilidad y la curiosidad lo hizo salir a investigar. Apenas tocando la arena ya tenía encima una colmena de hombres con armas largas en alto. Ellos esperaban una inmediata súplica de rodillas, mínimo un lloriqueo infantil que les demostrara el temor que solían sembrar en cada lugar que pisaban, pero el niño, falto de expresión alguna, no se inmuto ni trató de escapar, solo se quedó ahí, bañándolos con indiferencia. Dispararon al margen de la arena; el niño mantuvo una sombría serenidad.

Comparo los rostros del pequeño presente y del capturado en la impresión que saco de las cámaras de vigilancia de la bodega. Sin titubeos confirmo que no se había equivocado su informante. Pasó al frente de su batallón de matones.

— ¡Aun no me explico cómo un mocoso como tu pudo lograrlo, pero no creas que te tendré compasión, así que mejor ve cantando donde está mi merca!

— Así que por eso es todo este alboroto. No quedo más que la basura, si gustan pueden pasar a recogerla.

— ¡No te hagas el chistosito conmigo, maldito mocoso! — escupió con rabia.

— Haz lo que quieras, siempre es lo mismo... — dijo el niño al colocar

voluntariamente el cañón contra su rostro.

Se quedaron boquiabiertos. No podían explicarse que motivaba a alguien de tan corta edad a tener ese comportamiento. Acertaron en que no era capaz de sentir miedo. En esos casos solo debían disparar, pero con la autorización de su jefe, quien estaba impaciente por meterle un tiro entre ceja y ceja. Se encontraba en un dilema, no sabía si reventarle los sesos ahí mismo o llevarlo como sacrificio a su patrón.

— ¡No dispare, señor...! — interfirió uno de sus peones, pero fue demasiado tarde. Lo sentencio a morir ahí mismo e impulso el dedo sobre el gatillo.

— No sangra... ¡ese niño no está sangrando!

El cutis se le plago de sudor frío. La boca del arma seguía caliente y humeaba. El tiro fue certero, sin embargo, la ojiva se achato apenas tocando a su objetivo como si hubiese tratado de atravesar un bloque de acero impenetrable.

— ¿Quieres intentarlo de nuevo?... — cuestiono fríamente el niño.

— ¡Es la bestia, sigue viva! – chilló agitado uno de los hombres.

El cumulo pavorido de hombres retrocedió. La popularidad de ese sobrenombre causaba terror con solo escucharlo, en el giraban un sinfín de historias sobrecogedoras que nadie deseaba experimentar. El cabecilla del grupo era al que más le temblaban las piernas, sabía que no eran simples mitos, él había vivido en carne propia el infierno de los relatos. De inmediato ordeno una retirada y sus hombres no dudaron en obedecerle, inclusive algunos ya habían tomado esa iniciativa minutos antes.

Dejo que se fueran. No tenía la intención de hacerles daño, ni si quiera le pareció necesario, sabía perfectamente que nadie era capaz de hacerle ni un rasguño, nadie excepto... sus semejantes que aparecían en sus recuerdos nocturnos.

El ingenio de la marginación estaba plasmado en las chozas que se elevaban al borde de los senderos pestilentes. La falta de agua potable les limitaba el aseo, dándoles igual sus fachas y hacer sus necesidades donde sea. Algo curioso que se observaba era que en los desechos se encontraban más aparatos electrónicos en buenas condiciones que alimentos, ropa o medicinas. Usarlos podría serles una buena diversión, pero el avaro imperio no les doto de una red de energía eléctrica. El dinero que recolectaban por vender dichos aparatos al grupo de la Clase 2 servía para evadir la realidad con alcohol y drogas. Los pequeños no eran la excepción, de igual forma preferían conseguir las sustancias que los hacían sentir mejor. Nadie quedaba exento a que su inocencia innata

fuese arrebatada, y los sueños, las ilusiones y los buenos sentimientos dejaban de existir en sus débiles mentes. Debían crecer con rencor y egoísmo por esa pequeña porción de instinto de supervivencia que almacenaban.

Muchos eran huérfanos, la mayoría por abandono. Y repetían el ciclo con sus hijos por la procreación desmedida. Siempre deseaban que esos bebés llegaran muertos, no querían compromisos ni más obstáculos en una vida que ya era difícil. A las jóvenes les daba igual continuar con sus adicciones durante los periodos de gestación, perdiendo a sus retoños antes o poco después de llegar al mundo. Por ello, nadie se asombraba ante el cementerio de cuerpecitos regados en las sucias calles. Ciertamente pocas tomaban el rol de madre, pero con un interés por delante ya que un niño sólo tenía valor si era capaz de trabajar o sí se le podía considerar buena mercancía para los maleantes.

Cayeron algunos de sus brazos, pero no se detuvo por ellos, solo continuó corriendo. Sus pasos no podían compararse con los enormes que lo perseguían. No podía permitirse que de nueva cuenta su hazaña fuese interrumpida, debía salirse con la suya en esa ocasión, así que puso más empeño en su escape. La imagen de su hermana menor le dio las fuerzas necesarias hasta que torpemente tropezó. El resto de los medicamentos y alimentos cayeron esparcidos en el suelo y trato de recogerlos a sabiendas de que no tenía el tiempo suficiente. Una sombra lo eclipsó y temblorosamente volvió la vista hacia ella. No le importo que pudiera desfigurarle el rostro a ese chiquillo de diez años y se dispuso a darle un desmesurado puñetazo.

— Yo no lo haría si fuera tu... — rezongo el niño al pasar cerca de ellos.

En primera instancia quiso cerrar a trompadas esa boca entrometida, pero prefirió guardarse el enojo al escanear a su interceptor. Con una señal de mano advirtió al pequeño que no dudaría en matarlo si volvía a repetir su comportamiento. Luego se marchó sin mirar atrás.

— ¡Anda brabucón, no que muy valiente! — grito el pequeño al levantarse con entusiasmo.

— No compliques más las cosas, mejor deja de provocarlo.

— No puedo, es un aprovechado, sabe que estas pastillas rara vez las tiran y Julia las necesita, ni siquiera trabajando día y noche en la mina podría pagar lo que el muy ingrato pide por ellas. Deberías ponerle un alto a todos los tipos como él, tú eres el único que puede hacerlo, digo, si pudiste ahuyentar a los del Cartel.

- ¿Así que lo viste?
- ¡Todos lo vieron, fue increíble! Ahora lo pensarán dos veces antes de venir.
- Tengo suficientes problemas como para ocuparme de ajenos.
- ¿Tú, problemas? — se soltó a reír. — ¿Qué problemas puede tener alguien como tú?
- ¡Eres perfecto, hasta yo te envidio!
- No digas tonterías.
- ¡Es enserio! En esta miseria debe ser una bendición estar en tus zapatos.
- No lo creo. Julia debe estar preocupada por ti, será mejor que te vayas.
- Es cierto. Se pondrá muy contenta cuando vea lo que pude conseguir para nosotros.
- Que bien. Dile que le mando saludos, ojalá pueda mejorarse.
- ¿Por qué no vienes un rato? Ella te extraña.
- Debo ocuparme de algo.
- Vaya, que mal. Es que tu presencia la hace tan feliz... Creo que le gustas.
- ¿Cómo dices eso? Solo tiene tres años.
- Pues se pega a ti como chicle. Tienes algo que la reconforta.
- Iré en cuanto termine.
- Gracias. Te estaremos esperando. — dijo antes de marcharse.

Sintió una confusa alegría, después de tanto tiempo era importante para alguien. No le extrañó que ese par de niños fueran distintos al resto, al igual que él, no eran nativos de ese nauseabundo pueblo. Junto con sus padres, los pequeños antes vivían tranquilamente en la Región Poniente, pero se vieron forzados a huir de su hogar en cuanto se les sentenció con la peor marca social, la Clase 4, gracias al estigma de "pensar libremente". Erik, aquel enano de 10 años, tuvo que asumir la

responsabilidad de su hermana al perder a sus progenitores en uno de los tantos derrumbes que se producían en la mina donde debían de trabajar. Compadeciéndose, el niño usó sus dotes para recuperar los cuerpos de aquel accidente al haber ausencia de equipos de rescate en la zona. Ahí se conocieron, y a pesar de no planearlo, fueron los únicos que se atrevieron a estrechar un lazo de amistad mientras que los demás se alejaban por los rumores que corrían sobre su persona.

Lo sorprendió el oscurecimiento del cielo y predijo que caería un lúgubre aguacero. Los lugareños aprovechaban el chorro natural para quitarse una de las tantas capas de suciedad que los cubrían. Además, almacenaban un poco del líquido en recipientes desgastados para su próximo consumo. El niño ni se inmuto ni le importó quedar empapado de pies a cabeza. Tampoco prestó atención al fango que entraba por los agujeros de sus zapatos. Dejó una hilera de huellas marcada en la tierra que debió estirla con mayor velocidad.

En la orilla de cierta carretera, pendía un cartel arrugado que anunciaba el arribo al distrito "Abyss". Cada estructura de los inmuebles, erguidos o ya colapsados, se tiñó con la oxidación del tiempo. No había ningún habitante ni animal alrededor, solo un viento solitario. El niño caminó sobre las veredas desfiguradas y continuó por el borde de un arroyo de agua turbia con el espesor parecido al moho y delimitado por tierra infértil. Se detuvo en un antiguo parque. Sobre lo que antes era pastizal, había cinco túmulos elevados improvisadamente y cada uno llevaba puesto un par de ramas unidas en forma de cruz. Los reacomodó porque la lluvia se atrevió a desfigurarlos.

— Hoy se cumplen tres años. Al menos el clima está justo como nos gustaba. Ojalá pudiéramos volver a divertirnos en los charcos... — dijo con un enorme nudo en la garganta.

Las lágrimas acompañaron al ácido aguacero que se precipitaba de las nubes negras. En cada despertar buscaba a los que fueron sus hermanos, deseando que aquel atroz suceso hubiese sido solo una pesadilla, pero lo único que encontraba era una soledad marcada con violencia. Ni siquiera el tiempo disminuía su sentimiento de culpa. Sus dotes no fueron suficientes para evitar su pérdida.

Escucho el esfuerzo de un cuarteto de neumáticos atravesando los caminos desgajados. Venía de la carretera sinuosa que rodeaba una pequeña montaña. Hace años que nadie se atrevía a pasar por ahí, así que le era extraña la presencia de ese vehículo todoterreno. Con una visión de águila apreció cada detalle del transporte metálico. En los extremos, sobre cada puerta se dibujó un raro garabato. En cuanto sus ojos absorbieron cada línea, cada vértice y cada ángulo, su mente fue invadida por una aglomeración de voces inquietantes. No entendía que decían, solo parlaban entre ellas en un insólito idioma. Trató de sosegarlas

tapándose los oídos mientras se encogía, pero nada las detenía.

— ¡Cállense! — exigió agobiado y solo así pudo ahuyentarlas, pero antes de irse, dejaron unas palabras talladas en su memoria. “Let sanne Div”.

Se mantuvo absorto en el alejamiento del automotor. Intento encontrar una explicación para esa demente experiencia, sabía que no fue casualidad ni una broma pesada de su estresada mente. Desde lo alto de la montaña observo el rumbo del vehículo y le siguió el paso de manera discreta y rápida. Estaba yendo de regreso al pueblo del que partió.

Después de la última guerra, nuevos tronos resurgieron de las cenizas de los que cayeron. El Imperio Soberano de Amasia era uno de ellos. Su sede comprendía la Región Centro del continente. Era un territorio pequeño, pero suficiente para albergar a una reducida población seleccionada por diferentes estándares, como la estirpe social de la que provenían y el IQ.

Las esponjosas nubes se mecían dentro del cielo impoluto. Eran atravesadas por unos cuantos aviones que dejaban su marca blanquecina; sobrevolaban un conjunto de rascacielos y edificios menores, aglomerados de manera meticulosa y creados bajo las más bellas y sorprendentes formas. A los pies de tales estructuras serpenteaban cientos de caminos donde se desplazaban todo tipo de medios de transporte, predominando los automóviles tanto deportivos como excéntricos. Unos metros sobre el suelo se elevaba una larga telaraña de vías que se extendían por la ciudad de extremo a extremo.

En la parte superior de una pared, colgaba un reloj circular. Compartía el horario local y el de otras metrópolis. El pasear de las manecillas hacía eco sobre los extensos pasillos que aglomeraban cientos de puertas enumeradas. Abundaban hombres y mujeres arropados con trajes blancos, caminando de un lado a otro. Una mujer reacomodo su cofia al salir de la habitación 103, sin darse cuenta de que el hombre recostado y conectado a las maquinas, abrió los ojos.

— ¿Dónde estoy?... — pensó.

Se sobo la cabeza, sus ojos no recibieron de buena forma la luminosidad del panorama y eso le provocaba verlo un tanto ajetreado. Aun así, se tomó la molestia de barrer con la vista cada centímetro del cuarto que lo refugiaba. A un costado, sobre una mesa diminuta, se posaba un calendario electrónico. Sábado, 24 de Octubre de 2020, esa era la fecha de aquel día. Sino no estuviese en cama, se hubiera ido de espaldas ante la impresión de saber que permaneció dormido durante 3 años. El sobresalto le regalo las fuerzas necesarias para desconectar los cables que registraban los signos vitales de su cuerpo, supuso que ya no eran necesarios. Intento levantarse, sin embargo, sus piernas solo lograron hacer una tiritera débil, similar a la de un bebé que empieza a caminar.

Golpeo la cama ante su incapacidad de moverse y volvió a recostarse mientras su rostro se arrugaba de desesperación. Noto la presencia de un teléfono sobre la misma mesa del calendario y lo levanto, quedándose quieto ante el pitido del comunicador. Husmeo en sus pensamientos, pero los dígitos estaban tan enterrados en ellos que no pudo evocarlos con la secuencia correcta, así que desistió de su idea de comunicarse con sus seres queridos. Sin más opción, presiono repetidas ocasiones el botón de emergencia.

Una enfermera llevo tan rápido como pudo. Entre el asombro, solicito la presencia de un doctor, entrando poco después un anciano arropado con una bata. No lo dejaron hablar, estaban demasiado enfocados en inspeccionarle cada parte de su cuerpo, hostigándolo con bastantes preguntas sobre su sentir físico.

— ¡¿Podrían, por favor, parar?! — comento molesto al par que seguía indagando.

— Tranquilo, señor Marshall, sé que debe ser una sorpresa muy fuerte. Creo que ya debió notar la disminución en la movilidad de sus extremidades inferiores, es normal; con la rehabilitación que le brindaremos podrá recuperarla en poco tiempo.

— Menos mal, pero ahora lo que realmente me importa es ver a mi familia, necesito que avisen a mi esposa, debe estar preocupada y mis niños también.

— Su registro está en blanco... - susurro la enfermera.

— Nos ocuparemos de ello, mientras tanto debemos hacerle unos cuantos exámenes. - comento el anciano, nervioso.

— De acuerdo.

El tiempo paso entre terapias, análisis y largas consultas. Nadie le daba respuesta a su impaciente y repetitiva petición, lo evadían intencionalmente, tenían motivos de sobra para hacerlo. Su paciencia se quebró luego del octavo día. Sentado en una silla de ruedas, miraba la ciudad a través de la ventana de su habitación. Si sus cálculos eran correctos, su morada se encontraba a poca distancia del nosocomio, justo detrás de los edificios vecinos adornados con luces neón. La urbe fue reconstruida en tan poco tiempo, analizo. Es como si no hubiese sucedido aquella catástrofe infernal que lo dejo en coma. Le dio el crédito a las mentes brillantes de las personas que ofrecían sus habilidades para el amplio desarrollo de su nación. Su reflexión se detuvo en el recuerdo de sus seres queridos. Supuso que su mujer, sin duda alguna, se arrojaría a sus brazos y lo llenaría de besos jubilosos, sin embargo, no pudo predecir que comportamiento tomarían sus hijos. Los dejo cuando la mayor solo

tenía tres años, y el más chico, medio año de haber llegado al mundo. Le costaría sembrar en sus corazoncitos el amor incondicional que él sentía por ellos, pero estaba dispuesto a hacer hasta lo imposible para recuperarlos. Una enfermera entro al cuarto. Sostenía una charola con alimentos.

— Le traigo su cena. En cuanto termine, llámeme para ayudarlo a recostarse.

— Gracias, pero creo que ya puedo hacerlo por mí mismo.

— Como usted guste. Cualquier cosa que necesite, estamos para servirle.

— Es bueno que lo mencione porque quiero que se comuniquen con mi esposa para que pueda saber que estoy bien, es lo único que pido.

— Lo lamento, señor Marshall, no es parte del protocolo ni de mis funciones. Que descanse.

No le gusto para nada esa respuesta ambigua, así que botó la charola y los alimentos quedaron regados sobre el suelo lustroso. No se explicaba porque le negaban el contacto con ellos, ni siquiera se tomaban la molestia de darle el derecho a una llamada. Ideo demandarlos por esa falta de atención, pero en ese momento se enfocó en ejercitar sus piernas. Durante un par de horas, tomándose de los diferentes muebles y paredes, se desplazó alrededor de la habitación con pasos lentos. El cansancio lo hizo detenerse, suspirando de alivio pues al menos la cadencia y velocidad de sus pisadas había aumentado.

— Buenos días, señor Marshall. – saludo la misma enfermera. Tuvo un poco de asombro al observar que su paciente estaba haciendo sentadillas, tambaleantes, pero entusiastas. — Veo que se siente mucho mejor. Es bueno porque justamente hoy se le dará de alta.

— ¡¿De verdad?!

— Claro. Le traje el desayuno y esta muda de ropa para que tome un baño antes de pasar a su consulta en el área de psicología.

— De acuerdo. Puede llevarse la silla de ruedas, me siento capaz de andar. Oh, por cierto, se me cayó por accidente, una disculpa. — comento apenado al señalar los restos de comida pegados al piso.

— No se preocupe, en cuanto salga vendrá el personal de limpieza a recogerlo.

Le gustaba cantar a todo pulmón mientras conducía, aunque no pronunciase bien la letra de la sinfonía; pareciera que más bien invocaba

demonios. Tampoco usaba una tésitura apropiada, soltando en su mayoría gallos que provocaban la risa de algunos espectadores en el camino. Repitió la canción, aun le daba tiempo complacerse con ella, considero que el camino sería largo debido a la prolongada fila de vehículos que estaban frente al suyo. Un Porsche Boxster se detuvo a la misma altura que su Ferrari GTB y detuvo su fallida sinfonía al notar que la tripulación de aquel automóvil eran dos hermosas damas refinadas. Corrigió su postura a una más vigorosa y se quitó las gafas de sol para que ellas vieran el guiño que les regalaba. No podían negarlo, era bastante apuesto, pulcro en su vestimenta y peinado, y tenía buenos gustos para transportarse. El semáforo cambio de color y los obligo a avanzar, sin poder tener más contacto con esas voluptuosas mujeres al tomar una ruta distinta.

Estaciono en el nivel subterráneo. Antes de atravesar la puerta deslizante del elevador, reacomodo sus cabellos y sonrió a su reflejo que relucía impecable en el espejo retrovisor. Ya en la recepción se presentó con la joven enfermera que laboraba detrás del escritorio.

— Buen día, señorita, vengo a recoger a mi amigo. Me comentaron que me esperaban a las 8.

— Son las 9, señor...

— Si, lo sé, es que el tráfico en esta ciudad es un caos, además soy un hombre bastante ocupado, espero que me entiendas.

— Permítame una identificación y llene este formulario, si es tan amable.

— Por supuesto. Sabe, esta mañana es especialmente hermosa, claro, no tanto como tú. – pronuncio con esa prominente voz aguda y la enfermera no puedo evitar caer bajo esos encantos masculinos que estaban frente a ella.

— Gracias. ¿Ya... ya concluyo con su registro? – pregunto escondiendo su rostro ruboroso.

— En eso estoy, hermosa. Bien, aquí tienes.

— Le agradezco, señor Deraine. Tome asiento, por favor, en un momento...

Interrumpió el alboroto que causaba el intento de detener el galopeo de una persona. Se aproximaban y ambos se asomaron hacia el pasillo próximo a la recepción.

— ¡Suéltense, maldita sea, debo verlo con mis propios ojos, tal vez estén

equivocados! – exclamo el tipo de apellido Marshall.

— ¡Necesitamos que se tranquilice, hay un procedimiento...! — replicó un guardia de seguridad que llegó en auxilio de la especialista que atendía al paciente desenfrenado minutos antes.

— ¡Me importa un carajo su estúpido procedimiento, yo debo irme!...  
— en un movimiento ágil se quitó al guardia de encima y le pateó los genitales.

— ¡Brad, cálmate, por favor! – pidió el apuesto hombre al girarlo hacia él y darle una cachetada, tirándolo de bruces. — Se lo han dicho, ¿verdad?  
— dijo con la mirada clavada en la mujer madura que daba ánimos al guardia para erguirse y ella asentó la cabeza. — ¿Por qué no me esperaron, ingratos?

— Usted demora demasiado. – respondió molesta.

— Como sea. Amigo, estoy aquí para ayudarte...

— ¿Kevin?...

— Si, soy yo. Anda, levántate. – le ofreció su mano como soporte.

— Dime que no es cierto lo que me dijeron... - suplico.

— Lo lamento, Brad...

— Esto debe ser una pesadilla. ¡Ellos no pueden estar muertos! ¡No! — se llevó las manos sobre la cabeza y tiro de sus cabellos, así que su amigo no tuvo más remedio que abrazarlo. La hombrera del saco se le empapo de un mar de penas. — Llévame con ellos... por favor...

Froto sus ojos para no imitar a los de Brad y discretamente se mordió la lengua para reemplazar el dolor emocional. El personal volvió a sus puestos no sin antes recibir las disculpas de Kevin por parte de su amigo, quien lo esperaba en uno de los asientos de la recepción. Haciendo los pagos y el papeleo correspondiente pudieron abandonar el hospital.

— Te agradezco lo que has hecho por mi... Por cierto, ¿Tú a quien perdiste?

— A mi madre y a mi hermana.

— Lo lamento... Esos malditos rebeldes ipagaran muy caro!

- No fueron ellos quienes lo causaron.
- ¡¿Qué dices?! Entonces ¿Quién...
- Fue la Bestia.
- ¡No me importa que haya sido ese maldito monstruo! ¡Lo matare!
- Nadie puede hacerlo.
- Buscare la forma, no descansare hasta encontrarla.

Aparcaron sobre la calle Hynon. Tomaron rumbo hacia el hueco labrado con piedra. Por la extensión de la necrópolis, se secciono por áreas y la más grande de ellas fue destinada para las personas fallecidas aquella noche.

- Aquí es... — dijo Kevin.

Los nombres de su preciada familia aparecían inscritos en esos sepulcros. Sintió como si una flecha atravesara su pecho. Las lágrimas nuevamente brotaron, ahogándose en un dolor infinito por los recuerdos más emotivos que destellaban en su cabeza.

- ¡¿Por qué?! ¡No es justo, maldita sea! — golpeo el suelo al caer de rodillas.

- Brad, sé que es un golpe difícil de superar, pero tienes que iniciar de nuevo, como todos lo hemos hecho en esta ciudad.

- ¡¿Y para qué?! ¡Si mi motivo para salir adelante eran ellos!... — sus dedos agrietaban la tierra por los roces que daban.

- Brad...

- Por favor, déjame solo.

Cuando se estableció el nuevo régimen totalitario, los territorios fueron divididos en cinco regiones. Norte, Sur, Oriente, Poniente y la más importante, Centro. La Región Norte fue dada a la población de clase 3, denominados "los marginados", siendo además utilizada como vertedero de la Clase 1 y como madriguera para todo aquel que fuese designado bajo la Clase 4. Este tipo de personas se trataban de los opositores del sistema y delincuentes. Solo unos cuantos lograban escapar de las prisiones en las que se les castigaba con crueles sentencias del Ministerio de Honor y Justicia de la Zona Cero.

En la carretera que marcaba la frontera del pueblo de Dryon, circulaba un convoy de cinco vehículos blindados de exploración militar, cada uno tripulado por un cuarteto de sanguinarios mercenarios dotados con el mejor equipo táctico y armamento desarrollado por la corporación Vitam Novam. Un grupo de fugitivos que se denominaban "Nytt Lyv", sabían que estaban por llegar sus cazadores, así que en los senderos sin pavimentar del pueblo, se desplazaron para colocarse en distintos puntos que a su parecer eran estratégicos para un ataque sorpresa, teniendo como única defensa armas robadas de la policía nacional. El convoy se detuvo en seco sobre los caminos principales, rodeando el pueblo en cada ángulo. Las personas sin ningún interés combatiente se resguardaron en sus chozas pues sabían que los mercenarios, por órdenes o por mera voluntad, también hacían la labor de limpiadores y en esa ocasión no fue la excepción, irrumpiendo los hogares a punta de disparos.

Los rebeldes hicieron caer a unos cuantos mercenarios, pero en instantes la balacera se tornó en su contra ya que estaban siendo abatidos bajo los centenares de disparos que no cesaban de las ostentosas armas. Conscientes de que saldrían victoriosos, los mercenarios aprovecharon para hacer arder en llamas las chozas de materiales débiles y cometer violaciones y homicidios sin razón y distinción, delitos que daban el pase directo para la clase 4, pero que nadie podía demandar, no tanto por ser silenciados con una lluvia de ráfagas sino porque sus voces eran ignoradas ante el sistema de justicia.

Se escuchó un intenso crujido. Algunos mercenarios observaron al niño de cabellos cenizos cayendo como rayo sobre uno de los vehículos militares, aplastándolo como si se tratase de una simple caja de cartón. Los mercenarios dirigieron sus armas hacia él, pero este no retrocedió ante los dedos listos para apretar los gatillos, por el contrario avanzo entre ellos. Los cañones nuevamente se humearon por los constantes disparos que solo doblegaban levemente al niño. Sus prendas andrajosas eran rasgadas, pero su cuerpo se mantenía intacto, pudiendo llegar así hasta unos cuantos enemigos y golpearlos con una fuerza descomunal. Por medio de un comunicador de muñeca, un mercenario solicito refuerzos y antes de que pudiese completar la transmisión, el niño le quebró el cuello. El abastecimiento de un arma se hizo escuchar y justo cuando el niño volvió la vista, recibió de lleno un cohete, sintiéndose vencedor un mercenario al admirar el estallido. El fuego se limitó a una nube de humo negro y de entre ella salió el niño, ileso. El mercenario con movimientos temblorosos, intentaba abastecer su arma, pero se desvaneció al serle atravesada la cabeza con una piedra que fue lanzada con la misma velocidad de una bala. Los refuerzos arribaron pronto. Algunos se estremecieron ante la presencia del niño, causándoles nulas intenciones de atacar, mientras que el resto abrió fuego. Por aire, un helicóptero de combate sobrevolaba el área, lanzando una línea de disparos con sus ametralladoras de alto calibre. El niño se abrió camino al repeler a los mercenarios con simples manotazos, levanto un vehículo del parachoques

y luego de girar sobre su propio eje lo arrojó por los aires. El vehículo colisionó contra el helicóptero, creando una explosión con restos envueltos en llamas desplomándose sobre el suelo. Otro vehículo estaba por emprender la marcha al ser abordado, sin embargo el niño detuvo su avance al tomarlo de la parte trasera. Antes de que pudiesen salir sus tripulantes, lanzó el vehículo sobre una manada de mercenarios que huían a pie. Con el miedo ahora invadiendo a los mercenarios, los rebeldes que lograron sobrevivir aprovecharon para dispararles hasta acabar con la amenaza.

En el crudo panorama, el niño estaba quieto y con los ojos muy abiertos, los cuales apuntaban a un chorro de sangre que se extendía bajo dos pequeños cuerpecitos, uno cubriendo al otro. No tuvo el valor de acercarse, solo lloro en silencio, sin consuelo ni esperanza.

— Deja de jugar con nosotros... Ya basta... No lo soporto... ¿Acaso no tienes compasión? ¿Dónde está tu misericordia? — pensó al taparse la boca para ahogar sus quejidos.

Dio media vuelta y huyó apresuradamente, salpicando su rostro de lágrimas. Solo así se mostraba normal, frágil y sensible como el niño que era. Las personas sobrevivientes miraron su alejar.

— ¿Quién será ese chiquillo?

— ¿Sera acaso el que causó la catástrofe de la región centro?

— Puede ser, pero se supone que había desaparecido.

— Bueno, no se ve tan malo como lo pintan.

— Nos salvó, estamos en deuda con él.

Kevin no dudó en hospedar a Brad en su departamento pues tomaría unos cuantos días acreditar su ciudadanía activa en la metrópoli. Recostado en la cama, Brad estaba ensimismado en un profundo sueño. Se veía caminar en una alcantarilla donde no corría agua sucia sino sangre. Se acurruco sobre sus propios brazos al captar murmullos incomprensibles. No detectó a nadie al dirigir la vista hacia todas direcciones. Varios bultos comenzaron a ser arrastrados por la corriente, y al tenerlos bajo sus pies, se percató que se trataban de cuerpos sin vida. Trató de no perder la cordura, pero fracasó en cuanto presenció que su esposa y sus dos hijos pequeños formaban parte de esa aglomeración. Gritó como vil loco con la sensación de que su corazón estaba a punto de salir de su pecho. Se inclinó ante ellos y los tomó en brazos.

— Perdónenme por no haberlos protegido... Yo soy el que debería estar aquí. — los abrazó con más fuerza. — Tranquilos, estamos juntos de

nuevo... jamás nos volveremos a separar...

A sus espaldas se perfilaba una silueta, podría decirse humana, pero esta poseía un par de enormes alas. Apenas se podía contemplar el rostro de aquel tipo que se acercaba. Era hermoso y de piel tersa, pero sus ojos eran negros abismales y de fría expresión. Era de cabellos grises, peinados a raya por la mitad de su cabeza y caían sobre sus hombros perfectamente definidos como el resto de su cuerpo. Elegante, su atuendo negro era camuflajeado entre la oscuridad, percibiéndose mayormente el campaneado de su gabardina al son de sus cabellos largos. De alguna forma, Brad lo presintió y se mantuvo quieto. Temió en voltear y abrazo temblorosamente los cuerpos.

— El miedo es el primer estadio, la confusión el segundo y el tercero... — menciono el tipo al detenerse detrás de Brad. — Es la obstinación, pero ¿Cuan fuerte es tu voluntad para mantenerla intacta?

— ¿Qué... qui...quieres... decir con eso? ¿Qu... qu... quien... e...res...? — dijo Brad con la voz entrecortada.

— Yo soy el único que puede devolvértelos...

Brad sintió el shock recorriendo su cuerpo al escuchar tales palabras. Sus ojos se abrieron totalmente y su mandíbula no dejaba de contraerse, no por frio sino por la frustrante sorpresa.

— ¡¿Podrá ser posible lo que dice?!... Sería un sueño hecho realidad, pero... los sueños son solo eso... sueños y la magia no existe ni los milagros... No se puede dar marcha atrás, nada puede devolvérmelos... — pensó.

Los cuerpos que sostenía se tornaron con aspecto más putrefacto y soltaron un hedor insoportable. Brad los dejo caer y se levantó con los ojos inundados de lágrimas.

— ¡Basta!

Comenzó a correr sobre la vereda sin fin hasta que un mal paso provoco su desvanecimiento. Sin embargo cayó sobre tierra húmeda. El aire oreaba las ramas de los árboles que a su vez hacia caer las hojas sobre el césped en el que estaba tumbado.

— ¡Papi, papi! — resonó una dulce voz y Brad con desconcierto irguió la mirada.

Había llegado a un majestuoso pastizal primaveral cubierto de un cielo despejado, pero eso no fue lo que lo dejo sin aliento sino quienes aparecieron delante de él. No cuestiono el porqué, únicamente se apresuró a

levantarse ante la niña que se sostenía del regazo de una mujer que tenía a un pequeño en brazos.

— ¿Aun sigues dudando? — dijo el tipo.

Con expresión esquizofrénica, Brad se acercó a ellos, pudiendo tocarlos como si en realidad no estuviesen enterrados en los sepulcros. Acarició sus rostros, los abrazó y besó entre llantos de felicidad.

— No es magia ni milagros. Lo que yo te ofrezco es otra realidad.

Brad dejó a un lado su expresión desolada y soltó una carcajada eufórica. Miro fijamente al tipo que había colocado su mano sobre su hombro.

— Si de verdad puedes devolvérmelos, estoy dispuesto a todo. ¡Dime que es lo que quieres!

— Tu dimensión...

El tipo le entregó un amuleto metálico de forma circular con extraños símbolos grabados sobre el contorno y con un diamante rojo incrustado en el centro.

— Todo lo que tienes que hacer es humanizar a nuestro enemigo en común.

## Capítulo 2

### *Reencuentro.*

Durante el invierno del año 2012 se llevaron a cabo una serie de eventos desafortunados. El principal fue la aparición de seres alados poseedores de habilidades titánicas, acompañados de extrañas criaturas de distintos tamaños y formas abominables que se alimentaban de los humanos. Ni siquiera el sistema de defensa militar más potente de la época fue capaz de abatir a semejantes monstruos. Fueron denominados "entes" pues se comprobó que no eran extraterrestres. Tras un año de caos se logró acabar con la amenaza gracias a la aparición de siete sujetos que pudieron hacerles frente al mismo nivel. Nadie pudo averiguar quiénes eran ni el paradero de dichos sujetos pues en cuanto erradicaron a los entes, desaparecieron sin dejar rastro.

La primera guerra sobrenatural dejó devastada y complicada la subsistencia humana, situación que aprovecharon algunos para autoproclamarse mandatarios y tomaron las riendas para crear un nuevo sistema. Entre estos se encontraba el dueño de la farmacéutica más importante y mundialmente conocida, Vitam Novam. Con tal éxito, esta corporación pronto ocupó también el campo bioquímico, tecnológico, informático y armamentístico.

La sede de Vitam Novam se localizaba en Hope City. Se trataba del Centro de Investigación y Experimentación VN-Z0. Era un bloque semicircular de cinco pequeños edificios blancos con ventanas polarizadas, y en el centro un edificio de cincuenta pisos en forma irregular y de color cromado. Dentro del edificio central se ubicaba un piso subterráneo donde a su vez se encontraba el laboratorio con la mayor restricción. En el interior había la más novedosa tecnología que el ejército "Nitrox" lucraba para sus proyectos de guerra. Ese laboratorio era donde trabajaba Kevin y un grupo de científicos de distintas materias. La entrada deslizante se abrió para darle acceso a un viejo de unos setenta y tantos, apoyado de un bastón de oro y arropado con el traje más caro de todos, quien además era escoltado por dos sujetos intimidantes.

— Me alegra ver a mis muchachos. ¿Cómo va todo?

— Sin problemas. El prototipo reacciona positivamente ante la carga de Xeik, ahora solo nos queda comprobar si el mecanismo funciona acorde al sistema. — contesto Kevin mientras tecleaba varios códigos en la computadora central.

— Señor, tiene una llamada del alto mando de la defensa. — un escolta le

murmuro al viejo.

— Veamos que quiera ahora... — pulso un botón en el auricular que traía.  
— ¿Qué sucede, Saúl?

El viejo se quedó callado por varios minutos a la escucha de lo que su emisor le comunicaba. Sus gestos de impacto conmocionaron incluso a sus escoltas. Miro la pantalla holográfica que mostraba información respecto a una figura cibernética en forma de un animal cuadrúpedo.

— Entiendo... Estará allá sin demora... — corto la llamada. — Señores, el prototipo necesita con urgencia pruebas en campo real.

— Pero aun frente al nivel del SDM-GX, no será suficiente para obtener respuesta de su potencial... — dijo Kevin al colocar estadísticas en la pantalla tridimensional de la computadora.

— Tranquilo, Dr. Deraine, el ejército no será su oponente...

Luego de mucho papeleo y días de espera, Brad pudo restablecerse en la ciudad como ciudadano activo y fue reubicado en la sección B. Su casa era común con todas las comodidades y lujos mínimos que los habitantes de la metrópoli podían darse. Con ayuda de Kevin ingresó a la corporación Vitam Novam bajo el puesto de Laboratorista Auxiliar pues había sido destituido en su antiguo trabajo como profesor de Química en la Universidad de Ciencias Experimentales de la Zona Cero. Esa noche del 10 de Diciembre, justo cuando se dispuso a dormir, un rojizo resplandor comenzó a resaltar de un cajón del buró, haciéndose cada vez más intenso.

— ¿Ahora qué? — abrió el cajón.

Se percató que el diamante del extraño amuleto era lo que brillaba y su destello cubrió por completo la habitación. En el mar Amira, el viento ajetreaba las aguas donde se reflejaba el cielo poco iluminado por la luna llena. El niño, ya con otras prendas igual de andrajosas, estaba recostado sobre un tapete hecho improvisadamente de periódico. A pocos centímetros de sus pies había una fogata y por estirar de más las piernas, el cordón de su zapato se prendió latentemente. Olio el humo que apareció y se sentó para observar que se quemaba, sacudiendo su pie de un lado a otro en cuanto noto que el fuego estaba subiendo por sus pantalones.

— ¡Mierda!

Se levantó para manotear las llamaradas, pero no cesaban y entre más manoteos, extendió su palma y de ella nació una ráfaga de viento que difumino el fuego. Levanto la mano para observarla pues ni el mismo

podía explicarse como lo había hecho. Lanzo varios manotazos al aire, pero no podía repetir esa acción y molesto dejó caer sobre el tapete de periódico. Se mantuvo ensimismado hasta que una extraña sensación lo obligo a levantarse de golpe. Sabía que alguien o algo se aproximaba pues tenía la habilidad de detectar distintas energías. Era sobre el horizonte del mar, así que impaciente escalo hasta la orilla del barranco que se elevaba sobre su acampar para observar con más detalle. Del agua comenzó a emerger una especie de robot del tamaño de una ballena, con silueta de dragón de tres cabezas y rodeado de ligeras descargas eléctricas, el cual con su avanzar abrió el mar entre potentes olas.

— ¡¿Pero qué carajos es esa cosa?!

El monstruo llegó a tierra firme con sus desmesurados pasos que sacudían la arena. El niño tuvo que despeñarse de un salto ya que el monstruo destruyó parte del barranco con un rayo de energía que salió de una de sus bocas. El niño aterrizo con firmeza y se puso tenso en cuanto la bestia se balanceo sobre él tras soltar un rugido similar al de un animal salvaje. El niño detuvo la embestida, pero el monstruo lo golpeo con una de sus cabezas, arrojándolo contra una estructura rocosa que atravesó de lado a lado. Uno de los tres pares de ojos de la bestia hacía la función de cámaras que transmitían la pelea en una enorme pantalla del laboratorio del piso subterráneo.

— Como lo imaginaba, Hydra está al nivel de ese mocoso. A este paso lograremos superar sus capacidades... — pensó el viejo.

— ¿Cree que pueda vencerlo? — pregunto Kevin.

— Tal vez, pero ahora no nos interesa precisamente una victoria. — inesperadamente la pantalla se tornó roja y junto con una alarma sonora apareció la leyenda "ERROR/System Failed". — ¡¿Qué es esto?! ¡Dr. Deraine, ¿Qué sucede?!

— ¡Algo interrumpe la conexión con Hydra! — tecleo los botones con desesperación. — ¡¿Acceso denegado?! — volvió a ingresar datos, pero lo único que obtuvo fue una cadena consecutiva de códigos alfanuméricos que se desglosaron en la pantalla parpadeante.

— ¡Resuelva esto de inmediato!

— ¡No puedo! ¡Pareciera que se manipula solo!

— ¡¿Qué dices?!

El niño esquivo otro rayo de energía y con una patada lo alejo con arrastre. En ese momento una luz roja se visualizó entre las montañas y el monstruo dejó de pelear para enfocarse en aquel destello y

encaminarse hasta su procedencia.

— ¡¿A dónde vas?!

A pesar de su gran tamaño tenía una velocidad impresionante, como la de un guepardo en pos de su presa, pero el niño no se quedaba atrás. Tomaba enormes piedras y se las arrojaba, sin embargo no lo atravesaban como él esperaba. Lo adelantó por unos instantes y con su mayor fuerza dio un puñetazo en el suelo, creando una gigantesca grieta de considerable profundidad, pero la bestia lo saltó sin problema alguno. El niño soltó un gesto embarazoso y continuó con la persecución. Se estaban aproximando al pueblo de Xoc, así que lo tomó de la cola y trató de detenerle la marcha, pero esta se sacudió de tal forma que lo despidió por los aires y finalmente se desplomó contra el suelo.

Brad abrió los ojos al desaparecer aquella luz cegadora que lo envolvió y con una enorme preocupación se puso de pie ya que no se encontraba en su cuarto sino en la intemperie de una localidad desconocida. Con temor camino sin rumbo hasta que se detuvo al escuchar un estruendo que lo hizo cubrirse. Algunas personas se aglomeraron en las calles mientras que otras se mantuvieron encerradas en sus chozas ante ese ruido que se multiplicó en distintos puntos. Brad volteó instintivamente a un costado ya que alguien había sido proyectado contra la pared y la atravesó. Las personas desesperadamente comenzaron a huir a excepción de Brad pues se quedó tieso ante la bestia que cayó delante de él.

— ¡¿Qué significa esto?! ¡¿Por qué liberaron a Hydra?!

De la espalda del monstruo salió una ametralladora novedosa de alto calibre, dirigiéndola hacia Brad y antes de que las ráfagas salieran por la boca del cañón, el niño con un agarre lo quitó de en medio. Sin soltarlo saltó sobre los tejados ya que la bestia desplazó su cola de lado a lado contra las chozas. Enseguida lo persiguió con una llamarada de largo alcance que escupía una de las cabezas. Cayeron sobre la vereda y tropezaron. El niño se levantó primero para empujar a Brad hacia un callejón y por acto reflejo soltó un manotazo ante un trío de misiles que se acercaban. Brad se enroscó pues no se esperó que los proyectiles retornaran por el impulso de una ráfaga de viento.

— Ah... con que así es... — dijo el niño para sí mismo mientras los misiles explotaban sobre la bestia.

— Pero si este niño... es... es... — pensó Brad al levantar la mirada.

Volvió a evocar aquella noche en la que Hope City estaba en llamas y colmada de una brutal destrucción que obligaba al escape despavorido de las personas. Tumbado sobre el pavimento observó que en el cielo se elevaba la silueta del niño, pero en ese entonces, más pequeña. El

monstruo soltó un rugido al salir intacto de la explosión y el niño con una expresión desconcertada comenzó a lanzarle ráfagas de viento que solo hacían retroceder a su enemigo sin daño alguno. El monstruo sobrepasó sus ataques y lo embistió al mismo tiempo que soltaba otro rayo. El niño lo único que pudo hacer fue cubrirse al vuelo. El impacto lo arrastró varios metros sobre el suelo, creando una brecha hasta quedar bajo los escombros de una choza que se partió en pedazos.

— ¿Será posible que llegue a vencerlo? — pensó Brad.

Sus tres pares de ojos brillaron con la intensidad de un láser. Volvió a rugir mientras se aproximaba a Brad, quien se extrañó pues sabía que esa máquina funcionaba por medio de un piloto a distancia, un piloto que formaba parte de Vitam Novam.

— ¡Por favor, deténganlo, no soy enemigo!

La bestia levantó una pata sobre él. Brad la admiró con pánico sin poder moverse. Se escuchó un crujido. Brad abrió los ojos y dejó de enroscarse al notar que seguía intacto. El niño había interceptado con sus brazos y seguía sosteniendo la enorme pata de la bestia. La opresión aumentó y sus pies se incrustaron en la tierra. Brad se quedó atónito ante la luminosidad verde que empezó a desprender el cuerpo del niño que gritaba ante el esfuerzo. La sostuvo firmemente mientras se concentraba; respiró hondo para reunir todas sus fuerzas y sin más levantó a esa máquina titánica que pesaba no menos de cien toneladas. Gritó de nuevo mientras la arrojaba contra la estructura rocosa de la montaña.

— ¡Deje de estorbarme y lárguese de aquí! — furioso, bramó el niño a Brad.

Un ligero temblor sacudió el lugar en cuanto el cañón principal de la bestia preparaba una bola de energía. No era como las otras, el niño lo supo al percibir la fuerza que desprendía.

— ¡Basta, deténganse! — rugió Brad hacia la bestia. — ¡No es necesario usar la energía Xeik!

No hizo caso a sus palabras y desprendió un rayo más denso y de color rojizo incandescente. A su paso pulverizaba todo aquello que tocaba. La luminosidad aumentó en el cuerpo del niño, lo que le ayudó a prepararse para recibir y detener el avance del ataque. Forcejeaba indirectamente con la bestia sin poder contener la estabilidad y retrocedió poco a poco. Desde el primer contacto sintió un ardor insostenible en las palmas y su piel comenzó a consumirse en ampollas ensangrentadas. Gimió.

— ¡Eso es todo lo que tienes!

Con un movimiento fugaz, el niño cambio la dirección del rayo hacia el cielo. Un estallido descomunal broto por encima de ellos, obligándolos a tumbarse en el suelo pues la onda de choque arrasó con estructuras y árboles a pesar haber llegado de una distancia considerable.

— ¡Ahora me toca a mí!

Sin importarle empeorar sus heridas, cerro los puños y se balanceo a máxima velocidad contra la bestia que tenía preparado otro rayo en sus fauces. Esquivo ágilmente las embestidas de las cabezas desocupadas mientras la luminosidad verde se concentraba en sus manos. Con un deslice sobre el arenoso suelo cruzo el arco de las patas de la bestia. Sonrió eufóricamente tras saltar y sosegarlo con un puñetazo directo en el centro de su voluptuoso cuerpo metálico. Al instante le roció un segundo golpe. Las paredes altamente blindadas se quebraron y repentinamente la gigantesca maquina cayo partida por la mitad. Se apresuró en desprender las cabezas pues seguían retorciéndose y las arrojó sin rumbo.

Kevin y los demás científicos se quedaron boquiabiertos en cuanto la funcionalidad de su creación regreso a la normalidad. Las cámaras enfocaban entre distorsiones al niño exhausto que caía de rodillas. El viejo no soltó expresión alguna, sin embargo en el interior se ahogaba en un mar de rabia. Salió del laboratorio.